



# EL HOMBRE COMO SER MORAL. GÉNESIS DE LA CONCIENCIA MORAL

RICARD CASADESÚS

Institut de Teologia Fonamental

Rebut: 2023-01-19

Acceptat: 2023-01-31

**RESUMEN:** En este artículo presentamos una revisión de los estudios más destacados sobre el origen de la conciencia moral desde una perspectiva filosófica, basada en los fundamentos psicológicos. En los tiempos actuales en que vivimos de desorientación moral, es necesario, más que nunca, ahondar en el estudio de los fundamentos de la ética y la moral, centrándonos en la génesis de la conciencia moral en el ser humano, para poder legitimar toda ética y moral.

**PALABRAS CLAVE:** conciencia moral, razón, ética, moral.

---

34

## Man as a moral being. Genesis of Moral Consciousness

**ABSTRACT:** In this paper we present a review of the most outstanding studies on the origin of moral consciousness from a philosophical view, grounded on psychological basis. Our times are full of moral disorientation, for this reason it is necessary to delve into the study of the foundations of Ethics and Morality, focusing on the genesis of moral consciousness in human beings, in order to legitimize all ethics and morals.

**KEYWORDS:** Moral consciousness, Reason, Ethics, Morality.

Parafraseando a Aristóteles, podemos decir que el hombre es un animal moral; y lo es porque se pregunta por el deber. Cada persona tiene un concepto distinto del deber ser, de lo que está bien y lo que está mal; es decir, de lo que se hace, si se debe hacer o no. *Lo que debe ser* es un hecho moral y *lo que es* es un hecho descriptible. La moral es, pues, un código de conducta a partir del que juzgamos nuestros actos y los de los otros como buenos o malos, e introduce una reflexión sobre las morales existentes.

Más en general, la ética analiza el lenguaje moral, trata de fundamentar los códigos morales, muestra que el ser humano posee una estructura moral y explica el origen histórico de las morales existentes. Así, la ética se ocupa de la conducta humana para juzgarla en

relación con unas normas comúnmente aceptadas. Si la conducta realizada se ajusta a esas normas, es definida como buena, si no, como mala.

No obstante, en el mundo conviven personas con diversos códigos morales, es decir, con diversos conceptos de lo bueno y de lo malo. Esto ha llevado a algunos a afirmar que en el terreno de la moral todo es relativo, es decir, que no hay cosas buenas ni cosas malas en sentido universal, sino que, desde el punto de vista ético, cualquier conducta estaría justificada. Sin embargo, este relativismo moral supone la negación de que todos los hombres llevan inscrito en lo más profundo de su ser unas leyes morales, lo que podría llamarse una segunda naturaleza del ser humano.

Contrariamente al relativismo moral, defendemos aquí que, en la naturaleza humana, hay una *sabiduría innata* que nos dicta en cada momento qué es lo que se debe y lo que no se debe hacer. Todos los dictados de esta ley moral natural se ajustan siempre a esta regla de oro: «No quieras para los demás lo que no quieras para ti». Algunos consideran que esta ley es meramente social porque el hombre no hace a otros lo que no quiere que le hagan por miedo a las represalias.

Ciertamente, la aplicación de esta ley moral natural es diferente en las diversas morales y hay dos razones básicas para ello: a) el desarrollo cultural y psicológico, y el nivel económico de los pueblos en los que se aplica; y b) la explicación del origen de esa ley en cada cultura. Por ejemplo, en la cultura cristiana, el origen de la ley moral es Dios; en cambio, en la cultura laicista, el origen de la ley moral serían la razón o la convención social.

En nuestro tiempo, la sociedad acepta una pluralidad de códigos y sistemas morales que no son más que distintos modos de llevar a la práctica las normas éticas universales inscritas en la naturaleza humana y de las que se nutre la conciencia moral.

## 1. El concepto de conciencia moral

La conciencia moral puede definirse como un acto del entendimiento que tiene como fundamento la conciencia psicológica en relación con la norma moral; es decir, es una especie de juez interior del ser humano que condena o aprueba nuestros actos, independientemente del juicio de los demás. La conciencia moral es, por tanto, un juicio o dictamen de la razón inspirada en los principios universales que señalan y ordenan lo que se debe hacer para ser bueno y lo que se debe evitar para no ser malo. Advertimos dos tipos de conciencia moral, en

función del tiempo, es decir, existen unas valoraciones previas al acto moral y unas valoraciones después de haberlo cometido.

La conciencia moral anterior es la que reflexiona y valora la bondad o maldad del acto en cuestión antes de realizarlo. A partir de valorar las consecuencias del acto, el hombre decide qué debe hacer. En cambio, la conciencia moral posterior juzga sobre los actos cuando ya están realizados, de acuerdo con una norma moral determinada. Asimismo, podemos diferenciar dos tipos de conciencia moral posterior: la buena conciencia, que surge cuando el acto realizado es según la *voz de la conciencia*, valga la redundancia; y la mala conciencia o remordimiento, que surge cuando el acto realizado no es según la *voz de la conciencia*. Del remordimiento puede surgir, como consecuencia, el arrepentimiento, con el que el sujeto se propone no volver a cometer aquel acto.

La conciencia moral comprende elementos intelectuales: las ideas o conceptos morales, que constituyen el objeto de los juicios de valor, y elementos puramente subjetivos, como la intención y la voluntad moral.

36 Cuando nosotros nos percatamos de que pensamos, amamos, etc. esto es la consciencia psicológica. Pero, desde el momento en que la razón se da cuenta de la conformidad o no de mis actos con la ley moral, ese acto de razón entra dentro del dominio de la conciencia moral. Por eso, la conciencia moral supone el conocimiento de la honestidad, del fin, de la obligación y de los medios para cumplir la obligación y llegar al fin. De ahí resulta que la conciencia moral únicamente puede existir en un ser intelectual, y no en uno irracional, que, si bien puede tener consciencia psicológica por sus actos sensibles, no es capaz de compararlos con una ley moral, ya que no tiene el concepto de la honestidad ni del deber. Así que, este conocimiento práctico sobre la honestidad o no de una acción determinada es también la conciencia moral. Este acto racional incluye cuatro conocimientos: i) el conocimiento del hecho realizado (pertenece a la consciencia psicológica); ii) un conocimiento general sobre la honestidad; iii) un conocimiento que compara la acción que se tiene que realizar o se ha realizado ya con este principio general; y iv) la conclusión final sobre la acción (que es propiamente la conciencia moral).

El animal ignora esta división del *yo* que preside la duda moral, el animal se entrega a sus actos y no conoce remordimientos ni arrepentimientos; por eso, no tiene conciencia moral. En cambio, el ser humano, como animal racional que es, sí tiene esa división, pues, lo propio de la conciencia moral es estar dividida y no ser espontánea;

el *yo* es, a la vez, el sujeto de su acción y el juez de esta acción, que aprueba o desaprueba.

Si bien las investigaciones sobre la génesis de la conciencia moral se iniciaron a comienzos del siglo XX, en un sentido más amplio, el tema de la conciencia moral fue un tema central en la ética cristiano-escolástica y aun sus fuentes se remontan al estoicismo<sup>1</sup>. En este estudio, me limitaré a reseñar solo algunos de los intentos más notables realizados sobre la génesis de la conciencia moral, siguiendo el análisis descriptivo que hizo José Rubio Carracedo, recientemente fallecido.

## 2. Las teorías sobre el origen de la conciencia moral

Hay muchas teorías sobre la génesis de la conciencia moral. Pero, lo que sí está claro es que la conciencia moral es una conciencia agente, pues realiza una proyección futura del *yo*, ligando acción e intención, además de constituir un fin en sí misma; por eso se le otorga el cualificativo de *moral*. Algunas de ellas son: el *innatismo*, que se fundamenta en que la conciencia moral está inscrita en la naturaleza humana; la *doctrina moral cristiana*, que se basa en que la ley de Dios está inscrita en la consciencia del hombre y lo impulsa a amar, a hacer el bien y evitar el mal; el *sociologismo*, según el cual, la conciencia moral es producto del entorno social de cada individuo; el *marxismo*, que explica el origen de la conciencia moral como producto de la lucha de clases sociales; o el *psicoanálisis*, el cual aduce que la conciencia moral es la interiorización de la crítica paterna.

A pesar de las grandes diferencias entre ellas, todas estas teorías tienen en común el presupuesto de la libertad de los actos humanos: solo si hay libertad, se puede hablar de actuación de la conciencia moral. Cuando alguien se ve obligado por una coacción exterior, su actuación no puede ser valorada moralmente. En función de este principio de libertad y responsabilidad, se pueden clasificar los actos propiamente humanos.

### 2.1. La teoría del psicoanálisis de Freud

Los planteamientos de Sigmund Freud sobre la génesis de la conciencia moral han sido objeto de una fuerte e inacabada polémica aún hoy, pero su influjo revolucionario está fuera de toda duda. Es

---

<sup>1</sup> Cfr. Simon, R. (1978), *Moral*, Herder: Barcelona.

importante considerar, antes de nada, el propósito que movía a Freud de sustituir la moral religiosa, edificada sobre un ilusorio sentimiento de culpabilidad (imposible de justificar racionalmente), por una *moral científica*, acorde con los descubrimientos psicoanalíticos.

Ante todo, cabe decir que, con la teoría del psicoanálisis, Sigmund Freud quería demostrar que la mayor parte de actividades que realiza el ser humano son inconscientes, de manera que deja un pequeño porcentaje a otras acciones, que realiza conscientemente.

La moral religiosa es asimilada por Freud a mecanismos de defensa inconscientes que generan cuadros psicopatológicos. En efecto, su interpretación del mal y el concepto de pecado –vivido como culpa– es nociva para el conjunto de la persona humana, ya que frecuentemente prohíbe conductas fuertemente deseables y placenteras. Además, su origen es religioso; de ahí que sus preceptos amordacen la naturaleza humana con los viejos tabúes, más o menos secularizados y racionalizados. Según esta teoría, la moral religiosa postula una facultad moral innata y específica; postulado que el psicoanálisis demuestra que es falso, ya que el individuo adquiere una conciencia moral a lo largo de un proceso de identificación e internalización de las pautas socioculturales, sobre todo a través del vehículo familiar<sup>2</sup>.

38

El origen y desarrollo de la conciencia moral en el individuo sigue un proceso paralelo al de la formación de las tres instancias básicas de la personalidad observadas por Freud. En efecto, Freud divide el yo en tres instancias: el yo propiamente, el ello, y el superyo. La teoría psicoanalítica implica que el yo es un núcleo propio que interpone las demandas internas de las otras dos estructuras, el ello y el superyo. Por un lado, el ello lucha por la expresión de deseos primitivos o infantiles, y a estos se les opone fuertemente el superyo. El yo, pues, tiene que resolver el conflicto. Así, pues, aunque el yo consta de tres instancias, el yo es el núcleo. Además de las demandas que provienen de dentro del yo, hay demandas y restricciones del entorno. El yo no puede ignorarlas y debe resolver, de alguna forma, las demandas de los dos, del ello y del superyo, en conflicto con las del mundo real. Para decirlo de otra manera, el yo opera sobre el principio de realidad.

El ello puede considerarse como el residuo de las tendencias evolutivas. Consiste en las necesidades biológicas primitivas, especial-

---

<sup>2</sup> Cfr. Rubio Carracedo, J. (1987), *El hombre y la ética. Humanismo crítico, desarrollo moral constructivismo ético*, p. 125. Anthropos: Barcelona.

mente las sexuales y las agresivas, que se encuentran en casi todos los animales superiores. Además, es una especie de depósito de todos los anhelos y deseos infantiles que exigen expresarse en el comportamiento. En él opera el principio del placer.

Se piensa que el yo del niño recién nacido es todo ello. A medida que este yo primitivo se pone en contacto con el entorno –incluyendo en el seno materno–, una parte de él se modifica y se sitúa entre los deseos del ello y las demandas del mundo. Su función es la de establecer un convenio que permita que los impulsos del ello se expresen de una forma aceptable para la sociedad, la cual comprende la oportunidad, la intensidad y el estilo de las respuestas que se emiten.

También se exige que el yo luche por los objetivos y se vigile a sí mismo de acuerdo con el código moral que prevalece. El propio control y la moralidad se desarrollan gradualmente a través de la infancia y la adolescencia. La interiorización de los objetivos y de la moral da como resultado la tercera instancia del yo, el superyo, que se separa del yo y que, ocasionalmente, tiene exigencias propias e independientes.

Durante el desarrollo, el yo cambia. El ello continúa proporcionando motivación. El superyo se desarrolla a partir del yo y, gradualmente, madura a medida que el niño se identifica con figuras adultas apropiadas. Es el yo el que sufre los cambios más rápidos y complejos. Freud especificó cinco estados o fases psicosexuales en el desarrollo, cada uno de los cuales comprende un yo sucesivamente más maduro como núcleo propio.

El primer estado es el oral. El período de lactancia implica amamantar y explorar objetos con la boca, pero el niño está también *absorbiendo* psicológicamente, en el sentido de que recibe también atención y afecto. El egoísmo profundo del niño y la centralización en sí mismo se denomina *narcisismo*. Su yo se sitúa en el centro de su vida, y cobra un sentido utilitarista o instrumentalista de los demás para saciar su necesidad de atención y afecto. Este protagonismo del yo acaba imposibilitando la mirada o la apertura hacia el otro, y dificulta el amor al prójimo.

La segunda fase o estado es la etapa anal. Este período implica una batalla o tensión entre padres e hijos, un conflicto entre retener y desprender. El yo inmaduro gana fuerza afirmándose voluntariosa y obstinadamente. Esta segunda etapa, muy marcada por el egoísmo experimentado por el niño, puede estar detrás de un fenómeno psicosocial muy actual que está relacionado con el temor o el rechazo al compromiso, es decir, el rechazo de entregarse al otro o a los demás.

La tercera fase es la etapa fálica. Es el impulso agresivo: a medida que el niño explora el entorno, desarrolla mejores formas de expresar agresión. La sexualidad infantil se enfoca hacia la madre y eso precipita el *conflicto* o *complejo de Edipo*. El conflicto se resuelve cuando el niño deja a su madre, temporalmente, y se inicia la búsqueda del referente para identificarse con la figura del padre.

La cuarta fase es la etapa latente. Una vez resuelto el *conflicto de Edipo*, se introduce este estado, imbuido por el juego con compañeros del mismo sexo y el desarrollo de la habilidad en actividades cognoscitivas y motoras. Las pulsiones sexuales correspondientes a las fases anteriores del desarrollo del niño quedan substituidas por comportamientos o impulsos socialmente más aceptados como las relaciones sociales, el trabajo, la productividad... entre otras.

La quinta fase es la etapa genital. En esta fase, la adaptación sexual de la etapa de latencia termina cuando aumentan, súbitamente, los deseos sexuales en la pubertad, y, a partir de ahí, la persona tiene que gestionarlo todo. La afirmación del yo experimenta un cambio notable que coincide con la etapa de la adolescencia y que se manifiesta mediante pulsiones y deseos sexuales tan intensos que resulta difícil reprimirlos respecto a las fases anteriores. La verdadera madurez requiere el dominio de las pulsiones sexuales y conductas agresivas, y permite así una salida libre solo en formas socialmente aceptables. El yo debe estar suficientemente maduro para la entrega afectivo-sexual, es decir, entregarse a otro y llegar a una verdadera intimidad.

En el principio, fue el ello, haz de instintos libidinosos y agresivos que domina enteramente la vida infantil; por tanto, según Freud, el niño en sus primeros años es un ser amoral, ya que carece de una verdadera organización de sus instintos, que solo iniciará a partir de las primeras representaciones. La caótica dinámica instintiva del ello termina por organizarse en torno a las dos fuerzas instintivas básicas, Eros y Tánatos (erotismo y agresividad, respectivamente), que actúan, según los principios rectores del placer y de la repetición, a las que siguen dos etapas más. La evolución de los instintos del ello ha sido enmarcada por Freud en las tres célebres etapas: fase oral, fase anal y fase fálica, a través de las cuales la libido pasa de narcisista a objetal, especialmente a través del *complejo de Edipo*, como hemos ilustrado en la *figura 1*.

ETAPAS PSICOSEXUALES	DESARROLLO DEL YO
oral (0 a 1 años)	pasivo, dependiente, narcisista, egoísta
Anal (1 a 3 años)	afirmación del yo mediante resistencia negativa
Fálica (3 a 6 años)	afirmación del yo mediante exploración y sexualidad infantil
Latente (6 años a la pubertad)	afirmación del yo mediante aprendizaje, actividades y desarrollo de habilidades
Genital (de la adolescencia a la edad adulta)	afirmación del yo mediante la seguridad de la madurez, sexualidad, responsabilidad e intimidad

**Fig. 1.** *Etapas psicosexuales de la teoría freudiana*

La conciencia moral aparece en el niño, inicialmente, bajo forma de constricción moral, vinculada al proceso de formación del yo y, en especial, a la crisis fundamental que supone el *complejo de Edipo*. El yo aparece como una instancia autónoma a partir de una porción del ello organizada y, progresivamente, racionalizada, regida, primordialmente, por el principio de realidad<sup>3</sup>. La función del yo se define, ante todo, por su búsqueda de un difícil equilibrio entre las ciegas exigencias instintivas del ello, la realidad exterior que se muestra ineludible desde el mundo exterior, y la presión que ejerce la tercera instancia del psiquismo, el superyo: “una acción del yo es correcta si satisface al mismo tiempo las exigencias del ello, del superyo y de la realidad, es decir, si logra conciliar mutuamente sus demandas respectivas”<sup>4</sup>.

En este punto, la conciencia moral comienza a gestarse, justamente, a partir del planteamiento y solución del *complejo de Edipo*. El niño de la primera infancia, que ha hecho de su padre su ideal, mediante un proceso de identificación, comienza a hacer de su madre, entre el cuarto y quinto año de su vida, el primer objeto exterior de su libido. La relación con el padre se carga entonces de una hostilidad ambivalente, pues desearía su desaparición para ocupar su

<sup>3</sup> Cfr. Rubio Carracedo, J. (1987), *op. cit.*, p. 126-127.

<sup>4</sup> Freud, S. (1949), “Compendio del psicoanálisis”, p. 70, en *Obras completas*, t. XXI, Biblioteca Nueva: Madrid.

puesto, con lo que también crece su identificación con él. Pero el padre es demasiado poderoso, por lo que el deseo incestuoso ha de ser reprimido y surge así el *complejo de castración*. En definitiva, la represión y solución del *complejo de Edipo* tiene lugar mediante la constricción familiar y social de los instintos básicos: libido y agresividad. En efecto, lo que obliga al niño a ir aceptando las constricciones de todo tipo, entre ellas las morales, a través de las figuras paterna y materna, es su debilidad, su total dependencia, su absoluta necesidad de protección y de amor. La aprobación o desaprobación de los padres marca para el niño la primera conciencia del bien y del mal: el bien es lo que agrada a los padres y hace merecer su protección y su amor; el mal es lo que les desagrade y determina su castigo y, sobre todo, la retracción de su amor. La conciencia moral arranca, pues, del sentimiento de culpabilidad que determina el enfado de los padres ante la conducta infantil instintiva; el niño comprende así que ha obrado mal y se hace perdonar, y promete su enmienda ante el temor angustioso de perder su protección y cariño. Lo que hemos relatado sobre el *complejo de Edipo* del niño se puede decir para la niña con el *complejo de Elektra*, aunque ahora no lo describiremos aquí.

42

Más tarde, durante la etapa de latencia, se gesta el superyo, esta tercera instancia fundamental en el desarrollo del niño, que recoge introyectada esta autoridad exterior paterna. Así, se interioriza la inhibición exterior, siendo sustituida la instancia parental por el superyo, el cual vigila, dirige y amenaza al yo exactamente como antes los padres al niño. En definitiva, el superyo es consecuencia de la represión y solución del *complejo de Edipo*. Por eso, tanto más intenso haya sido este y su consiguiente represión, tanto más severa será después la conciencia moral radicada en el superyo. Ahora bien, el ideal del yo que representa el superyo no es ya propiamente la imagen paterna, sino más bien las normas socioculturales vigentes, captadas a través del tamiz paterno e internalizadas como tales.

En resumen, la teoría del psicoanálisis se basa en la liberación y plena autonomía de la conciencia moral y el ajuste de la personalidad. Ahora bien, cabe decir que la interpretación precisa del superyo como conciencia moral ha sido muy discutida, incluso dentro del psicoanálisis<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Cfr. Rubio Carracedo. J. (1987), *op. cit.*, p. 127-128.

## 2.2. Revisión de la teoría del psicoanálisis de Freud: la teoría de Erikson

La secuencia de desarrollo de Freud fue revisada por su discípulo Erik Erikson (1963) cuyo enfoque se orienta hacia la sociedad y el yo. Erikson amplió la secuencia de las etapas del desarrollo a ocho etapas (véase *fig. 2*), haciendo dos suposiciones: “[...] 1. que en principio la personalidad humana se desarrolla de acuerdo con pasos predeterminados en la disposición creciente de la persona a ser impulsada, a estar alerta y a interactuar con un radio social que se amplía; 2. que la sociedad, en principio, tiende a estar constituida de modo que sea propicio el encuentro e invite a la interacción para defender y estimular la propia secuencia de su desdoblamiento”<sup>6</sup>.

PERÍODO	CONFLICTO ESENCIAL
oral	confianza básica y desconfianza
Anal	autonomía, vergüenza y duda
Genital	iniciativa y culpabilidad
Latente	laboriosidad e inferioridad
Adolescente	identidad y difusión de roles
Juventud	intimidad y aislamiento
Adulthood	fecundidad y estancamiento
Madurez	integridad del yo y desesperanza

**Fig. 2.** *Etapas psicosexuales del desarrollo, según Erikson*

La primera etapa, la oral, Erikson la define como una etapa de confianza y desconfianza, ya que considera que la regularidad de la atención del afecto lleva a pensar que todo saldrá bien. Así, que un niño pueda confiar en que su madre se vaya, sabiendo que volverá, implica un sentido primitivo de identidad del yo, un sentido de continuidad e igualdad. La alternativa de confiar es desconfiar de otros, lo cual impide que el niño desarrolle confianza en sí mismo,

<sup>6</sup> Mischel, W. (1979), *Introducción a la personalidad*, 2ª ed., p.39. Nueva editorial Interamericana: México.

y establece el escenario para una baja autoestima de por vida. En esta etapa, se gesta la dependencia del yo y el apogeo a la zona de confort, es decir, la dificultad para afrontar el cambio y gestionar la incertidumbre.

En la etapa anal, el niño debe dominar sus propios impulsos, comenzando por controlar sus funciones corporales. A medida que va adquiriendo gradualmente este dominio, desarrolla un mayor sentido de autocontrol. Si comete errores, se avergüenza de su inmadurez, y el niño comienza a dudar de su habilidad para actuar independientemente. A raíz de este fenómeno, el niño comienza a proyectar una serie de inseguridades que le debilitan y le llevan a ensimismarse, y pierde toda objetividad de valía y criterio de interpretación sobre sí mismo, lo que le imposibilita la apertura hacia los demás.

En la etapa genital, a medida que se desarrolla la habilidad locomotora y manual del niño, se abre a nuevos mundos para explorar y busca activamente estímulos para manipular y conquistar. Pero sus acciones pueden ser impertinentes para los demás e, invariablemente, se invocan contra él los códigos morales. Este es el clásico conflicto entre los deseos animales del ello y las rígidas exigencias morales del temperamento del superyo.

---

44

En la etapa latente, todas las sociedades exigen que a los niños se les instruya sobre tecnología. Así, en nuestra sociedad, los niños van a la escuela a aprender cosas básicas, como leer y escribir y conocimientos fundamentales. Si el niño no puede aprender el manejo de la tecnología, puede sentirse inmensamente inferior.

La quinta fase es una de las añadidas por Erikson, denominada etapa de adolescencia, en la cual el adolescente debe afrontar dos problemas básicos de identidad. Primero, la pubertad marcada por los rápidos cambios en la medida del cuerpo y por las características sexuales secundarias. Eso plantea un problema de continuidad del yo para el adolescente, parte niño y parte adulto. Segundo, hay muchos modelos de roles (compañeros, personas mayores, héroes...) y el adolescente prueba varias identidades como si fueran distintos vestidos. Así pues, la identidad se vuelve confusa por la complejidad, por el cambio rápido y por las múltiples expectativas.

La sexta fase es la etapa de juventud. Cuando el yo está seguro de la su identidad, puede interaccionar con otros yoes y perder, temporalmente, su independencia. La alternativa es una centralización del yo y un aislamiento de contactos realmente íntimos con otras personas.

La séptima fase es la edad adulta, en que se comienza como niños dependientes y se va progresando hacia la independencia. Erikson

sugiere que el punto final está un paso más allá de la independencia: cuidando y guiando a la siguiente generación. En suma, el adulto necesita ser útil a la sociedad en formas que van más allá de sus propias necesidades.

La octava y última etapa de Erikson es la madurez. La persona que ha resuelto los conflictos de las primeras siete etapas ya ha desarrollado una identidad que va más allá de su yo inmediato. Puede identificarse con su familia y amigos más próximos, y a menor escala, con todos los seres humanos. También ve orden y continuidad más allá del tiempo que dura su vida<sup>7</sup>.

Estas cuatro etapas más, que añadió Erikson a las de Freud, son, en realidad, subetapas de una etapa global, es decir, pueden resumirse en una sola etapa, que él denomina *etapa genital*.

### 3. La teoría de Rogers

La teoría de Carl Rogers no es una teoría psicoanalítica sino humanista, que se caracteriza por dos puntos clave: la consciencia y la experiencia. Rogers cree que lo mejor es estar en contacto con la experiencia inmediata y, a través de la percepción, primero se desarrolla una consciencia del yo y, después, la necesidad de una consideración positiva. Así pues, el amor condicional hace que, al actuar, el niño dependa de su autoestima, en vez de depender del núcleo de la autoestima que viene del amor condicional. Es decir, un niño puede hacer alguna cosa no porque le dé satisfacción, sino porque le gusta a su madre.

La única manera de adaptarse es la propia aceptación de todos los sentimientos, impulsos y actitudes. Eso no significa que uno pueda o haya de comportarse como quiera, sin tener en cuenta los derechos de los otros. Significa que toda experiencia que es parte del yo se considera positiva. Así pues, los malos pensamientos son tan aceptables como los buenos pensamientos, aunque los malos pensamientos no deberían convertirse en comportamiento.

El conflicto básico del hombre está entre su propia experiencia y la consideración positiva de los demás. Cuanto más motivado esté un individuo, únicamente, a complacer a los otros y, por tanto, a obtener una autoconsideración positiva, más desprecia su propia experiencia y se vuelve un alienado de su verdadero yo. La solución, para Rogers, es una consideración positiva del yo.

---

<sup>7</sup> Cfr. Rubio Carracedo, J. (1987), *op. cit.*, p. 167 y ss.

## 4. El cognitivismo

### 4.1. Según Piaget

Jean Piaget se propuso estudiar exclusivamente la génesis del criterio moral y no las conductas o los sentimientos morales. Su hipótesis inicial era que “toda moral consiste en un sistema de reglas y la esencia de cualquier moralidad hay que buscarla en el respeto que el individuo adquiere hacia estas reglas”.

En su estudio sobre el juego, Piaget infiere la existencia de tres tipos de reglas, cuyas relaciones será preciso determinar: “la regla motriz debida a la inteligencia motriz preverbal y relativamente independiente de toda relación social, la regla coercitiva debida al respeto unilateral y la regla racional debida al respeto mutuo”. Piaget parte de la hipótesis de que las primeras formas de la conciencia moral en el niño son heterónomas y que tal heteronomía se relaciona estrechamente con el egocentrismo. Piaget concluye que el realismo moral responde a la conjunción de dos series de causas: unas propias del pensamiento espontáneo del niño, otras propias de la presión ejercida por el adulto. Su superación se hace posible solamente mediante la cooperación intelectual y moral adulto-niño, cooperación que sustituye a la presión adulta sobre el niño y que tiene como consecuencia la superación del egocentrismo inconsciente infantil. Se da, pues, en la moral infantil una transición de la heteronomía, del realismo moral y del respeto unilateral hacia la autonomía moral y el respeto mutuo, a través de una fase de cooperación entre el adulto y el niño que provoca en este una interiorización y generación de las reglas y de las consignas.

En definitiva, Piaget se vio obligado, al estudiar la génesis del juicio moral en el niño, a discutir el gran problema de las relaciones entre la vida social y la conciencia racional. Su investigación ha demostrado que los factores de la madurez física y mental del individuo cumplen un papel muy importante, y que esta madurez psíquica es indispensable para alcanzar la madurez moral, en especial, a través de los procesos de cooperación. Es más, la investigación de Piaget pone al descubierto dos tipos de relación social: la presión y la cooperación. Las primeras solo pueden producir el respeto unilateral, mientras que las segundas conducen a la autonomía moral, al favorecer la interiorización de normas ideales que controlan todas las reglas y su aplicación práctica, según la ley general de respeto mutuo. Ambos tipos de relación social son irreductibles; de igual modo son irreductibles la moral heterónoma, basada en el deber

impuesto desde el exterior, y la moral autónoma, basada en la racionalidad y en el bien común.

Sin embargo, la teoría de Piaget presenta unas deficiencias reales, que reclamaban revisión y complemento; estas son principalmente dos: a) su esquematismo, al reducir a dos los tipos de moral (heterónoma o autónoma), lo que contribuye, además, a desdibujar el carácter evolutivo del criterio moral; y b) la poca precisión con que demuestra, a veces, la correlación entre el desarrollo intelectual y las relaciones sociales en el proceso de maduración moral.

#### **4.2. Según Kohlberg**

Los trabajos de Lawrence Kohlberg se dirigen a subsanar las deficiencias de la teoría de Piaget y tienden a determinar unos estadios del desarrollo moral que son definidos casi exclusivamente en términos cognitivo-estructurales. Kohlberg se propone demostrar que se dan estadios (cambios de edad dirigidos estructuralmente) en el desarrollo de la personalidad social –y, en concreto en el área específica de la moralidad– en correlación con los estadios del área cognitiva. Estos cambios estructurales no son explicables en los términos, métodos y conceptos del aprendizaje social, sino en términos cognitivo-estructurales. De igual modo, considera inadecuados los métodos y conceptos psicoanalíticos, pues, una vez establecida la continuidad del desarrollo de la personalidad, lo adecuado es definir la personalidad según secuencias regulares de desarrollo; por lo demás, el enfoque psicoanalítico carece a su juicio de precisión experimental, así como de capacidad discriminativa.

Por otra parte, Kohlberg caracteriza su enfoque cognitivo-evolutivo por el énfasis con que sostiene que las secuencias dirigidas de los cambios en la organización o forma de la conducta poseen siempre un fuerte componente cognitivo. Desde el punto de vista lógico, las dimensiones cognitivas están necesariamente presentes en todo desarrollo social, pues hasta la psicología profunda ha de reconocer que incluso los afectos tienen una estructura cognitiva. Desde el punto de vista empírico, el enfoque cognitivo-evolutivo se justifica porque los cambios más marcados y claros en el desarrollo psicológico del niño son cognitivos, en el sentido de la edad mental o del *cociente intelectual*. Tanto es así, que el cociente intelectual tiene fuerza predictiva sobre la conducta y el ajuste social en numerosos campos.

Ahora bien, gran parte de este poder predictor del *cociente intelectual* se deriva del hecho de que un mayor desarrollo cognitivo se asocia siempre con un mayor desarrollo social. No obstante, Kohlberg

piensa que hallazgos de este tipo sirven de poco, dado que la *resistencia a la tentación* no define ninguna dimensión de desarrollo evolutivo de la moralidad. Justamente, lo que él se propone mostrar es que “las dimensiones cognitivas del juicio moral definen el desarrollo evolutivo moral y que, una vez entendido el desarrollo del juicio moral, el desarrollo de la acción y del afecto morales devienen mucho más inteligibles y predecibles”<sup>8</sup>.

Según Kohlberg, las investigaciones han demostrado que existen etapas de desarrollo universales y regulares en el juicio moral y que tienen una base formal-cognitiva. Si bien los aspectos del juicio moral que no tienen una base cognitiva no definen nunca etapas de desarrollo moral universales y regulares, los dos tipos de juicio (heterónomo y autónomo) formulados por Piaget no han sido confirmados por los estudios empíricos ni por los análisis lógicos, justamente porque sus estadios morales no concuerdan con los criterios de estadio que propuso, a diferencia de los estadios cognitivos<sup>9</sup>.

Kohlberg se propuso rectificar y completar esta laguna de modo que los estadios del juicio moral coincidieran con los criterios propuestos. Tales estadios fueron definidos en términos de respuesta libre a diez dilemas morales hipotéticos. Para la definición de estos estadios se sirvió de una medida del juicio moral compuesta por un listado de veinticinco aspectos del juicio moral, que representan los conceptos morales básicos que se cree que están presentes en toda sociedad. No obstante, cada uno de tales conceptos es definido de modo diferente en cada uno de los seis estadios en que Kohlberg ha establecido la evolución del desarrollo moral.

El estadio 1 ignora los motivos y las consecuencias del acto al juzgarlo para fijarse en sus aspectos físicos, tanto si lo aprueba como si lo condena. En el estadio 2, el juicio se centra en el valor de necesidad humana del acto y deja de lado su forma física y sus consecuencias. El estadio 3 diferencia los buenos motivos a los que sirve un acto de la necesidad humana, pero egoísta, de los que sirve un instrumento. Para el estadio 4, un acto es siempre categóricamente malo, sin considerar los motivos ni circunstancias, cuando viola una regla general y hace un daño previsible a otros. El estadio 5, aunque considera los motivos y las circunstancias, mantiene que el fin no justifica los medios; las circunstancias o motivos no pueden hacer que lo malo sea bueno ni cambiar las reglas morales. Y para el esta-

---

<sup>8</sup> Cfr. Rubio Carracedo, J. (1987), *op. cit.*, p. 154.

<sup>9</sup> Ídem.

dio 6, los buenos motivos no hacen un acto bueno ni malo, pero siempre que uno siga los principios elegidos, su acto no puede ser malo; por tanto, es legítimo desviarse de una regla concreta cuando el seguirla conlleva la violación de un principio moral.

Por otra parte, Kohlberg insiste largamente en que todos los motivos para la acción moral incluyen una dimensión formal-cognitiva y se esfuerza por sistematizar los motivos característicos de cada estadio del desarrollo moral. En definitiva, la metodología de Kohlberg permitiría clasificar de modo objetivo y sistemático los juicios morales de acuerdo con los veinticinco aspectos morales universales y los seis estadios del desarrollo moral. De este modo, sería posible determinar de manera suficientemente rápida, clara y discriminada el nivel moral real alcanzado no solo por un niño o un adolescente, sino también por cualquier persona adulta.

Sin embargo, se pueden producir saltos en los estadios del desarrollo moral, de modo que no se pasa necesariamente por el estadio precedente para alcanzar uno determinado. Así, Kohlberg mantiene el sentido jerárquico, puesto que los seis estadios del desarrollo moral tratan, en realidad, de seis estructuras que emergen de la interacción del niño con su entorno social; no se limitan a reflejar estructuras externas dadas por su cultura. Por supuesto que el niño, desde el primer estadio oral, conoce e internaliza las prohibiciones y mandatos básicos de su cultura; por tanto, tales pautas no justifican la aparición secuencial en la conciencia del niño. Al contrario, los sucesivos estadios muestran un influjo progresivamente decreciente de la presión del medio sociocultural sobre el niño, desde la compulsión externa que domina el estadio 1, el sistema de intercambios y satisfacción de necesidades (estadio 2), el mantenimiento de expectativas legítimas (estadios 3 y 4), hasta los ideales o principios lógicos generales que dominan los estadios 5 y 6. Todo sugiere, pues, que se trata de un proceso activo de organizar y elaborar permanentemente el universo sociocultural por parte de cada individuo. Su tipificación universal lo confirma indirectamente.

Finalmente, Kohlberg insiste en que los estadios morales constituyen un todo estructurado. En efecto, desde el punto de vista lógico, los veinticinco aspectos del juicio moral pueden ser definidos consistentemente a partir de los conceptos centrales de los seis estadios; y desde el punto de vista empírico, su consistencia parece igualmente demostrada por experimentos<sup>10</sup>.

---

<sup>10</sup> Cfr. Rubio Carracedo, J. (1987), *op. cit.*, p. 163.

En 1973, Kohlberg realizó una importante revisión de su teoría, revisión que alcanza incluso a la elaboración de los datos obtenidos por él mismo y por otros investigadores. Kohlberg persigue con ella dos objetivos principales: i) establecer una correlación más precisa entre las etapas de desarrollo moral y las etapas del desarrollo cognitivo; y ii) una reelaboración de los datos relativos a la frecuente regresión que se produce de la cuarta etapa a la segunda, al final de la adolescencia.

Kohlberg mantiene que el desarrollo cognitivo no se identifica con el desarrollo moral: los principios de justicia presuponen, ciertamente, operaciones recíprocas, en todo semejantes a las de la lógica, pero el juicio moral, basado en los principios de justicia, no es reductible a la aplicación directa de la reciprocidad lógica a las situaciones morales. Así que, Kohlberg aboga por un enfoque estructural: las distintas etapas son distintas estructuras para una misma función: el juicio moral. Es decir, los estadios son etapas estructurales que representan una secuencia de cogniciones, cada vez más adecuadas en un mundo físico y social bastante estable. Cada etapa superior sustituye a la inferior y supone una evolución cognitiva paralela. El cambio de etapa es mucho más un cambio perceptual que una decisión personal; la estructura cognitiva de cada etapa es recordada en la siguiente (y, por ende, suprimida como tal). Así, los cambios en el mundo moral surgen en convivencia con los cambios en su desarrollo perceptual del mundo moral.

Algunos trabajos han confirmado plenamente las siguientes hipótesis parciales de su teoría: 1) la *resistencia a la tentación*, que guarda relación directa positiva con el grado de madurez de los juicios morales emitidos por los sujetos; 2) la existencia de una relación indudable entre la madurez de los juicios morales y las formas de respuesta que siguen a la transgresión de una norma (por ejemplo, el sentimiento de culpabilidad); 3) el hecho de que los juicios morales emitidos por delincuentes con graves trastornos de personalidad difieran, en gran medida, de los emitidos por personas normales; 4) la tendencia de la teoría y la práctica moral a coincidir cuando la teoría es firme y constante; y 5) el esfuerzo de los individuos por adaptar su conducta real a sus creencias.

No obstante, hay algunas objeciones a la teoría de Kohlberg que obligan a mantener una incesante revisión de su teoría del desarrollo cognitivo-estructural. Estas críticas a la metodología kohlbergiana se basan en los problemas de verificación de la teoría, la naturaleza cualitativa o cuantitativa de los estadios, la polémica sobre la existencia de la sexta etapa, la generalización de la teoría,

y la concepción de los estadios morales como totalidades estructurales.

## 5. La síntesis de Habermas

El filósofo alemán Jürgen Habermas ha realizado un notable intento de sintetizar los diferentes planteamientos sobre el desarrollo moral y su relación con la identidad del yo. Con tal síntesis, Habermas se propuso demostrar que la teoría de Kohlberg sobre las fases de la conciencia moral, al ser reformulada en el marco de la teoría de la acción, cumple las condiciones formales de una lógica evolutiva, lo que confirmaría la fecundidad del punto de vista cognitivista. No obstante, pone también al descubierto algunas de sus lagunas más importantes, en especial, la no-consideración de los factores motivacionales.

Según Habermas, han sido tres las tradiciones teóricas que han elaborado los problemas de desarrollo pertinentes al concepto de la identidad del yo: la psicología analítica del yo, la psicología evolutiva de signo cognitivista (Piaget y Kohlberg) y la teoría de la acción influida por el interaccionismo simbólico<sup>11</sup>.

Pese a sus divergencias iniciales, es posible advertir en ellas ciertas convergencias, que Habermas resume en seis puntos: 1.º «La capacidad lingüística y de acción del sujeto adulto es resultado de la integración de procesos de maduración y aprendizaje, cuya interacción aún no nos es dable apreciar suficientemente»; pero es posible distinguir entre sí los aspectos cognitivo, lingüístico, y psicosexual o motivacional; 2.º «El proceso de formación que hace a los sujetos capaces para el lenguaje y la acción recorre una secuencia irreversible de estadios evolutivos discretos y cada vez más complejos», en la que cada estadio implica al precedente. Puede hablarse, pues, de una lógica de desarrollo; 3.º Se trata de una lógica dialéctica, ya que el proceso de formación no solo es discontinuo sino también crítico: cada nuevo estadio viene precedido de una fase de desestructuración y, en parte, de regresión, del precedente. Es decir, es el resultado de la solución productiva de una crisis; 4.º El proceso de formación sigue la línea de una autonomía<sup>12</sup> creciente; 5.º «La identidad del yo designa la competencia de un sujeto capaz de lenguaje y acción para

---

<sup>11</sup> Cfr. Rubio Carracedo, J. (1987), *op. cit.*, p. 189 y ss.

<sup>12</sup> Por autonomía se entiende aquí la independencia que el yo conquista al resolver los problemas.

satisfacer determinadas exigencias de consistencia». La identidad del yo consiste en una competencia que se forma en interacciones sociales. La identidad se genera a través de la socialización; y 6.º «Un importante mecanismo del aprendizaje lo representa la conversión de estructuras exteriores en interiores».

Pese a la convergencia de tales hallazgos, ninguna de las tres tradiciones teóricas ha conseguido explicar satisfactoriamente el concepto de identidad del yo. Habermas trató de reconducir la limitación a la vertiente cognitiva de la actividad comunicativa para mostrar que la identidad del yo no solo exige dominar cognitivamente el nivel de la comunicación sino también la capacidad de hacer valer adecuadamente las propias necesidades en el interior de la estructura comunicativa; solo entonces es libre y autónomo respecto del sistema normativo.

Habermas intenta demostrar que la sucesión descriptiva de los tipos morales representa un nexo lógico-evolutivo. Para ello, ha de conectar la conciencia moral con las cualificaciones generales de la acción en términos de redes mediante tres pasos: primero, introducir estructuras de posible acción comunicativa en el mismo orden en que el niño lo va haciendo en este sector del universo simbólico; consiguientemente, asigna a estas estructuras básicas las competencias cognitivas necesarias para desenvolverse en el nivel respectivo de su entorno social; segundo, reconducir esa secuencia de cualificaciones generales de la acción de roles a términos de lógica evolutiva; y, por último, derivar de esos niveles de la competencia interactiva los niveles de la conciencia moral<sup>13</sup>.

Sin embargo, Habermas es consciente de que su síntesis reconstructiva no es completa. En su trabajo ha mostrado una paradoja en la identidad del yo: la persona es común, mientras que la individualidad es diferente. Esta situación dual de la identidad del yo no refleja el doble aspecto cognitivo-motivacional del desarrollo del yo, sino también una interdependencia de sociedad y naturaleza.

## 6. Conclusión

La persona humana, por el hecho de tener inteligencia y libertad, es un sujeto moral, es decir, es sujeto de deberes y derechos que están determinados por la situación concreta en que se encuentra. Pero, la pregunta por el fundamento de esta moralidad nos ha llevado a

---

<sup>13</sup> Cfr. Rubio Carracedo, J. (1987), *op. cit.*, p. 190.

cuestionarnos sobre el fin último al que están destinados los actos morales. En función de que se escoja un fin u otro, las diversas teorías éticas postulan diversos enfoques. Por ejemplo, un principio general es aquel según el que hay que hacer el bien y evitar el mal. Podríamos llamar a este principio el *principio de benevolencia*. Sin embargo, muy pocas veces puede ser satisfecho de una manera ideal. Lo que para los hombres es bueno es, por lo general, escaso y solo puede ser facilitado a costa de otros bienes. La experiencia demuestra que, mayoritariamente, este principio, para fines prácticos, tiene que ser debilitado en otro que exija únicamente que la cantidad del bien supere a la del mal, si no, será muy difícil su cumplimiento.

Las morales son propuestas por diversos factores como pueden ser las instituciones educativas, la Iglesia, la familia, etc. Estos factores que sugieren morales para seguir también proponen sincrónicamente un conjunto de valores y de reglas que, asimismo, son las morales propuestas. Pero, esta diversidad de teorías morales puede llevar a una situación de relativismo o indiferencia. La sociedad actual ha de dirigirse hacia un consenso moral, fruto de la pregunta última sobre la naturaleza común de toda persona humana, y esto pasa, necesariamente, por llegar a los fundamentos de la ética y la moral, que radican, justamente, en la conciencia moral del ser humano.

**Correspondencia****Ricard Casadesús**

Seminari de Teologia i Ciències de Barcelona

Institut de Teologia Fonamental

Ricard.casadesus@gmail.com